Globethics Repository



Haití [Haití]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Brisson, Maryse
Publisher	DEI (Departamento Ecuménico de Investigación)
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-18 06:58:27
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/190629

Haití: Un brote dentro de la desesperanza*

Maryse Brisson**

Dos opiniones, una emitida por el embajador de los Estados Unidos (EE.UU.) en Haití, el señor Alvin Adams *(bourik chaje*, como lo llaman los haitianos), y la otra dada por el pueblo haitiano, levantan la cortina sobre lo que está ocurriendo en el sector oeste de una de las grandes islas del Caribe: Haití. El asombrado embajador reconoce: "the haitian people are surprising" (el pueblo haitiano es sorprendente); mientras que el pueblo proclama, hace pancartas y canta: "Se pa lajan non, se volonte wi" ("No es dinero, sino voluntad").

De hecho, esas dos expresiones resumen la situación en Haití. Pero, para dar a conocer lo que está ocurriendo, el resumen no basta; se impone una presentación de los hechos; un relato de los acontecimientos; una historia... aún incompleta. Se sabe que el fin no es el gran final, sino solamente el final de una etapa. Esta es una de esas historias cuyo final se confunde con el reinicio. Es un poco como esas carreras de postas, donde el fin de la carrera de un corredor permite la salida del corredor siguiente. Sólo el relato, de hecho, puede permitir entender todo lo que encierran los hechos recientes en Haití.

1. Hacia una esperanza

Después de veintinueve años de duvalierismo y cinco años de macoutismo, el pueblo haitiano "merecía" la democracia. Es lo que habían reconocido los EE.UU. --- el hermano mayor que "protege" a los pueblos que viven en su *backyard.* Tanto más porque en esa América de los EE.UU., Haití --- según dicen- era la rara excepción al no entrar en la ola democrática de los últimos años. Haití merecía la democracia, estaba maduro para la democracia.

Estar maduro para la democracia es estar curado de la enfermedad de la resistencia al sistema establecido; es haberse repuesto del desarreglo provocado por la búsqueda de una alternativa a la situación actual; es haber perdido la instancia molesta, continua y loca, de la realización de la utopía de un mundo favorable a todos; es haber comprendido lo irrazonable, lo peligroso y lo arriesgado que es entorpecer la libertad del mercado. Treinta y cuatro años de duvalierismo habían erradicado la gangrena... con sus prácticas de encarcelamientos, torturas y desapariciones.

Tal convicción se apoyaba en la amplitud de la "limpieza" hecha. La ceremonia organizada el 8 de febrero (día siguiente a la presentación del sermón de Aristide como Presidente de Haití), en el Fort Dimanche *(le Fort de. la Mort* --- el "Fuerte de la Muerte"-, como lo llama el pueblo), con el fin de exorcizar ese lugar donde los esbirros de Duvalier torturaban, confirmó la magnitud del trabajo que se había hecho. Era doloroso ver a la muchedumbre pisar el suelo que había recibido la sangre de tantas víctimas: sus parientes o amigos. Era escalofriante sentir la presencia invisible de los muertos de la dictadura, y oír sus voces que habían silenciado y también sus gritos de dolor que el eco, para la memoria, sigue repercutiendo y propagando. Muchos portaban como bien sagrado el retrato de los desaparecidos: el hijo o los hijos, los padres, los amigos, o el único sobreviviente de una familia

* El artículo de la investigadora Maryse Brisson, actualmente en Haití. fue escrito varios meses antes del golpe del 29 de septiembre contra el gobierno de Jean Bertrand Aristide. Sin embargo, lejos de haber perdido actualidad, él nos muestra el carácter de los actores y fuerzas que hoy intentar volver a someter a su violencia represiva al pueblo haitiano. Al mismo tiempo, el análisis de Brisson destaca la experiencia política encabezada por Aristide como signo de lo que es popularmente posible mediante la resistencia y la esperanza. Contra estos últimos sentimientos y valores, por su destrucción, es que se ha movido el aparato militar haitiano jefeado por R. Cedras. Y son estos valores antisistema los que alimentan la ambigüedad (OEA) e indiferencia (ONU), con que las organizaciones internacionales se pronuncian y actúan en relación con esta nueva fase de represión contra la resistencia del pueblo haitiano *(Nota de la redacción).*

** Haitiana, economista, investigadora del DEI

entera. La devastación causada fue grande: 50.000 personas desaparecidas durante 34 años, según menciona el periódico *Haití en Marche*[1]. Con tantas vícti-mas, el mal parecía haber sido erradicado.

Pensaron que habían desmantelado a todos los grupos de resistencia... Pero tanta matanza, tanta lucha en contra de los "enemigos de la humanidad" (enemigo es aquél que no se doblega ante las leyes del libre mercado), no pudo acabar con la resistencia. La resistencia era como esa lombriz que se reproduce en nuevos animalitos al cortársela en pedazos, o como esos árboles que retoñan de sus raíces.

Las organizaciones populares, la afloración de las comunidades de base, las organizaciones barriales, los alentados en contra de los dirigentes de esas organizaciones, las manifestaciones, los discursos de Aristide, sus homilías, o la muchedumbre que atraía, eran prueba de que la resistencia no había muerto, que no podía morir en una sociedad donde un grupito saca su vida de la muerte de una amplia mayoría. ¡Qué extraño! La esperanza inquebrantable y el gran desafío frente al adversario emergió en un pequeño país, el más pobre de la región, en un país mágico y sufrido, como dice Rubén Berríos Martínez en su interesante artículo sobre Haití[2].

Era el turno de la democracia. No de cualquier democracia, sino de una democracia a la estadounidense. Una democracia legitimada e introducida por las elecciones. Es decir, una democracia controlada *(parachutée),* que entra en el proceso de alternancia entre períodos de militarización y de democratización, tal como se viene dando en los países de América Latina en las últimas décadas. Una democracia no peligrosa, asegurada por el período de militarización que la precedió; una democracia que sigue las huellas del período anterior; una democracia fruto de la guerra sucia ligada a todo gobierno militar.

Para esa democracia anti-democrática parecía convenir un candidato: Marc Bazin (Mr. Clean). Desde el principio el pueblo manifestó su desconfianza, basada, por un lado, en el hecho de que Bazin pertenece a esa clase burguesa que tanta decepción había despertado en el país y, por otro lado, por ser el hombre de los EE.UU. Sin embargo, hasta mediados de octubre todo auguraba que Bazin sería el futuro presidente de Haití, derrotando sin dificultad a los otros candidatos. Hasta ese entonces el pueblo miraba el proceso electoral con mucha indiferencia; no veía que el resultado de la votación fuera a cambiar su destino, a romper con el pasado. Cuando el 18 de octubre Lafontant anunció su candidatura, la indiferencia se transformó en consternación y temor. Consternación frente a la arrogancia de ese inde-seable. Temor ante la eventualidad de ver caer el poder en manos de ese extorsionista de Duvalier; miedo de presenciar el resurgimiento del espectro de los *macones,* de volver a vivir días de desapariciones, de torturas y de muerte.

La candidatura de Aristide (presentada a mediados de octubre de 1990) cambió las reglas del juego. Aristide, desde que apareció en la escena política (1984), era una persona *non grata* para el sistema imperialista y para los duvalieristas. Era la época en que Aristide denunciaba a los oficiales de la Fuerzas Armadas, a la Embajada de EE.UU., a la élite haitiana y a la jerarquía católica. Los atentados de los cuales escapó, hablan de la voluntad de eliminarlo. Ahora como candidato era, sin duda. indeseable. Era indeseable para los imperialistas, que no podrían aceptar que el enemigo de ayer fuera el gobierno de hoy. No era un opositor... sino un enemigo; es decir, alguien que está en contra del sistema tal como funciona. Y también era indeseable para los duvalieristas, pues él no predicaba la reconciliación (la reconciliación, para los duvalieristas, es el olvido de lo ocurrido, sin ningún enjuiciamiento).

Aristide, rechazado por esta gente, fue acogido por el pueblo que se identificaba con él por haber podido recoger sus reivindicaciones, articularlas y expresarlas. El estuvo al lado del pueblo en sus continuas luchas (lucha en contra de la matanza de los cerdos en 1985; lucha en contra *del food for work;* el establecimiento de *Lafanmi Selavi,* institución que recibe a los niños de la calle). Además, él había dado la cara por el pueblo. Vale la pena leer el libro escrito por Aristide, *In the parish*

---

[1] . *Haití en Marche,* edición del 13 al 19 de febrero de 1991. Vol. IV. No. 52.

[2] . Rubén Berríos Martínez, "Haití, mágico y sufrido", en: *El Día Latinoamericano,* 17 de diciembre de 1990. Año 1°, No. 30.

of the poors[3]. Los hechos relatados en este libro constituyen la base sobre la cual descansa la confianza que el pueblo depositó en él. Precisamente por haber encontrado el hombre de su confianza, el pueblo --- respondiendo a su operación *Lavalas* y multiplicando el *pé Lebrun* (la quema de los *macoutes)*-, pudo espantar y atemorizar a los monstruos de ayer y de hoy.

El Movimiento Lavalas era el resultado de un doble compromiso: el de Aristide con el pueblo, y la respuesta del pueblo a la candidatura de Aristide. Este, a causa de su personalidad, de su visión, de sus denuncias, de todo lo que simboliza, motivó al pueblo a identificarse con él. En el Movimiento Lávalas entraron todos los que aceptaban a Aristide como candidato al gobierno y al poder, los que querían un cambio, todos aquellos que querían el fin de la era de los *macoutes* y los que querían acabar con la época de disturbios que vivía el país desde la salida de Duvalier. Lo anterior significa que el movimiento abriga a todos los que aspiran a un cambio, independientemente de si comparten la misma longitud de onda, es decir, sea que persigan o no el mismo objetivo, o que contemplen los mismos medios para llegar a la meta. Se podría afirmar que algunos partidos vieron en el Movimiento Lávalas un trampolín al poder. Esto implica que el Movimiento Lávalas es una coalición circunstancialmente frágil.

Debido a la situación económica y socio-política del país, Aristide era el único candidato que podía lograr la unificación de las fuerzas de cambio y, al mismo tiempo, mantener viva y creativa la esperanza del pueblo. Cuando se habla de la situación peculiar en la cual se encuentra el país, se hace referencia particularmente a lo heredado de los regímenes anteriores: paralización estructural, crisis de representación política, destrucción del espacio de participación de los grupos, la casi atrofia del papel del Estado en su función de motor del desarrollo y de espacio de negociación, en oposición a la hipertrofia de su función represiva, etc.

[3] . Jean-Bertrand Aristide, *In the parish of the poor, writings from Haití*, Orbis Books, Maryknoll. New York, 1990.

2. Una esperanza golpeada

Los momentos que precedieron, acompañaron y siguieron a las elecciones, fueron tiempos densos en estrategias apuntaladas para impedir el acceso de Aristide al poder. Fue una guerra a la vez fría, astuta, sucia y descarada.

2.1. Los descontentos se manifiestan

Antes de las elecciones (el 16 de diciembre de 1990), el acto más escandaloso y condenable ocurrió el 5 de diciembre.

Después de una gira electoral, una granada fue lanzada contra los grupos que acompañaban a Aristide. Este acto criminal causó 7 muertos y unos 50 heridos; entre otros, varios jóvenes que perdieron sus brazos o piernas.

Diferentes medios fueron usados durante el período electoral con el fin de desmoralizar al candidato del pueblo. Era una guerra a ganar, y todos los medios para ganarla eran válidos para los del sistema dominante. Los discursos de varios candidatos eran fabricados para desacreditar a Aristide y disminuirlo ante los ojos del pueblo. Atacaban su apariencia física cuando afirmaban que no tenia la anchura de espalda necesaria para cargar con la responsabilidad de la nación; resaltaban su carencia de medios económicos para llevar a cabo un proyecto de desarrollo (el lema de Bazin era: "Haití tiene problemas, Bazin tiene soluciones"). Eso se entendía como: el hombre capaz de contar con ayuda externa. (De hecho, M. Marc había prometido 1,25 mil millones de dólares de inversión extranjera en los próximos cinco años). Tales consignas pretendían mostrar la insignificancia del programa político de Aristide, quien proponía: "De la miseria a la pobreza con dignidad", con la participación de todos. Sin embargo, a las falaces promesas de los otros can-didatos, el pueblo replicaba: "A Aristide no le pedimos milagros".

También volvieron a las antiguas fórmulas que habían dado tan buenos resultados en el pasado: comprar al pueblo. Es tan fácil, de hecho, "hacer caminar" a un hambriento. Se distribuyó dinero. Lo interesante es que el pueblo tomaba el dinero que los candidatos malgastaban, y con él en mano gritaba: ¡Aristide! Mientras trataban de comprar a la po-blación con míseros pesos, ofrecían millones a los

miembros del Consejo Electoral. Ni el pueblo ni el Consejo se dejaron condicionar por el dinero.

Cuando se quiere acabar con el "enemigo", la imaginación es fértil en medios para lograrlo. Eso hace pensar en la película *La muerte de un espía.* El era francas y un famoso espía. Los adversarios querían acabar con él. Sin embargo, para los adversarios resultaba demasiado peligroso eliminarlo con sus propias manos. Tal acción podía conducir a conflictos internacionales. La solución era descompensarlo psicológicamente. Lo lograron, y el espía se suicidó. Nadie se vio implicado. En el caso de Aristide, el arma fue la intimidación. Crear en el otro el sentimiento de su propia derrota y llevarlo realmente a dudar de si mismo, reconocerse derrotado y dar paso a la derrota real. Lo que publica el periódico *Barricada,* en su artículo "La revolución de la sociedad civil", es uno de los hechos del período electoral que el pueblo guarda. El *Miami Herarld* y el *New York Times* reportaron, en la primera semana de febrero, historias que cuentan que el ex presidente Cárter solicitó a Aristide reconocer la victoria de Bazin antes de que finalizara el conteo de los votos[4]. Aristide pudo escapar de esa trampa.

2.2. *La Iglesia, su neutralidad, La respuesta del pueblo*

La Iglesia oficial también contribuyó a la confusión colocándose --- sin sorprender a nadie- de espalda al pueblo. La posición de los obispos se dio a conocer por medio de dos documentos que fueron leídos en los medios de comunicación locales, y a través de una homilía pronunciada por el Arzobispo de Puerto Príncipe.

Uno de los escritos explotaba el respeto de la población por las cosas sagradas. El objetivo del artículo era presentar la candidatura de Aristide como un acto de desobediencia a la Iglesia, como profanación del sagrado sacerdocio, etc. La conclusión de ese primer texto sobre los curas y la parti-cipación en el ejercicio del poder público afirma que:

La Iglesia considera los casos de los curas que aceptan cargos públicos, que incluyen la participación en el ejercicio del poder civil, como actos graves de indisciplina eclesiástica. Esos curas provocan escándalo entre los fieles. Se vuelven factores de división. Contribuyen a deformar la imagen del sacerdocio y su misión en el seno de la comunidad cristiana[5].

Los obispos presionaron para que él anunciara su decisión de dejar el sacerdocio. Aristide les aconsejó que ellos mismos anunciaran esa decisión al pueblo (lo que no hicieron, por supuesto). El pueblo, por su parte, como muestra de su aceptación del *status* de su candidato, gozaba en llamarle persistente *Pe Titid* (Padre Titid).

Después de las elecciones, en una carta dirigida a los obispos invitándolos a medir la importancia del momento histórico que vive el pueblo haitiano, la Conferencia Haitiana de Religiosos subraya lo siguiente:

El 16 de diciembre, no fue solamente el ciudadano Aristide quien fue elegido por más de dos tercios de los votantes, sino que es también el padre Jean-Bertrand Aristide. Es en él que ellos han colocado su confianza y no en la pléyade de líderes tradicionales en los cuales, a fuerza de ser escarnecidos, desconfían[6].

En el texto de los obispos anteriormente mencionado, se hace referencia a una situación de excepción que hubiera podido ser utilizada en el caso de Aristide, con el fin de validar su candidatura. Esta reza así:

Por excepción el clérigo podría tomar parte en la actividad política, o en la dirigencia sindical, si la defensa de los derechos de la Iglesia o la promoción del bien común así lo exigen... esa excepción queda

[4] . Xabier Gorostiaga, "La revolución de la sociedad civil"', *Barricada,* 17 de febrero, 1991.

[5] , "Le pretre et sa participation al' exercice du pouvoir civil", *Archeveché de Port-au-Prince,* 13 noviembre, 1990.

[6] . Carta de la Conference Haitienne des Religieux (CHR) a los Obispos, Haiti.5deenero.l991.

sometida al juicio de la autoridad eclesiástica competente.

El bien común no fue, esta vez, tomado en consideración.

El otro artículo, algo más astuto, era una especie de carta pastoral cuyo fin era guiar a la población de manera que no se equivocara de candidato en el momento de votar. Vale la pena mirar más de cerca el mensaje de la Confe-rencia Episcopal del 7 de diciembre, a pocos días de las elecciones generales. Desde el principio del texto, los obispos quieren aclarar su posición y mostrar su neutralidad en el evento electoral que se aproxima:

Intervenimos pues, no para pronunciamos en favor o en contra, pues "somos todo a todos" (I Co 9, 22). No intervenimos para decirles si votar a favor o en contra de cualquiera. La Iglesia no tiene candidato. Lo repelimos, la Iglesia no tiene y no tendrá candidato[7].

Y continúa el mensaje con un análisis de la realidad, que parte de los acontecimientos del atentado con granadas perpetrado el 5 de diciembre, condenándolo. Luego viene la explicación de tanta violencia. Aquí parece que los obispos no se dan cuenta que en su explicación contradicen lo que habían afirmado anteriormente, y que, de hecho, ya habían tomado partido por un candidato. Cuando ellos se preguntan en el documento, "cómo se pudo llegar tan lejos", ellos mismos se contestan:

¿No es porque el pueblo haitiano es un pueblo manipulado? De hecho, este pueblo colmado por el deseo de cambio aspira a una nueva sociedad, por consiguiente aspira a un nuevo poder político. Pero se le hizo creer que para lograr este objetivo se debe eliminar físicamente a todos los que no comparten sus opiniones. Pues la violencia se revela como instrumento necesario para la puesta en marcha del nuevo sistema político.

Con esta explicación, los obispos hacen una inversión: las víctimas se transforman en provocadores, en violentos. De hecho, ¿quien es este pueblo manipulado y preñado por el deseo de cambio, que aspira al nuevo poder popular, a quien se enseñó a eliminar físicamente a los que no comparten sus opiniones? Seguro que no se están refiriendo a los *macoutes,* pues éstos, por el contrario, no buscan cambios ni aspiran a un nuevo poder político. Quien desea todo eso es el pueblo. Entonces, con su explicación los obispos, cons-ciente o inconscientemente, dan a entender que la causa desencadenadora de los eventos del 5 de diciembre no son los *macoutes.* en su intento de retener el poder que se les escapa, sino el pueblo 'manipulado' y 'enseñado' a eliminar a los contrarios.

Otra justificación dada por los obispos a la pregunta de '¿cómo se pudo llegar tan lejos?', deja ver de qué lado estaban parados.

¿No es porque se quiso dividir a la sociedad haitiana en dos campos, el de los buenos y el de los malos? Es cierto que toda persona presenta una mezcla de cualidades y defectos. Por supuesto, las cualidades deben ser desarrolladas y los defectos corregidos. Pero se hizo creer al pueblo haitiano que los malos deben ser eliminados.

Las elecciones, después de finales de octubre, se jugaban entre los candidatos Aristide y Bazin. De los dos, el que dejaba bien claro que en lo nuevo que emerge los *macoutes no* entran *(makout pa ladann),* era Aristide: mientras que Bazin mostraba tolerancia y complacencia con los *macoutes.* Los obispos no podían quedar más al descubierto.

¿Porqué los obispos, por lo general, están tan desfasados en su toma de posición con respecto a la realidad contemporánea? Ese mensaje, con el mismo contenido, pero dándole un mayor alcance y cambiándole una sola palabra, debería haber sido escrito muchos años atrás. Los obispos dejaron escapar aquella oportunidad. Fue un *rendez-vous manqué.* De hecho, si en la expresión "eliminar a los malos" se cambia la palabra "malos" por "buenos", el mensaje debería haber sido escrito y leído en todos los medios de comuni-cación, y enviado a

[7] . *Message de la Conference Episcopal d' Haití, a la veille des elections generales.* Conference Episcopale d' Haití, 7 de diciembre, 1990.

Duvalier y sus aliados. Ese mensaje hubiera sido perfecto para los tiempos de los Duvalier. Pues ellos no eliminaron a los malos sino a los buenos, a la fuerza viva del país. ¿Porqué la Iglesia, en esos tiempos de terror, no denunció, no anunció? Es ese desfasamiento, esa desconexión con los problemas reales de la población, uno de los reproches más grandes que se les puede hacer a los obispos.

¿Qué hacen los obispos con todo el conocimiento acumulado? Son sociólogos, teólogos, etc. Algo interesante pasa. Esas profesiones son incompatibles con la profesión que ejercen ahora. Su profesión, de hecho, es ser obispos. ¿Por qué no se puede ser un buen obispo sociólogo o un buen obispo teólogo de la liberación? La reticencia a combinarlas tiene que ver con la advertencia del Canon 285 de la Doctrina del Magisterio:

...el ejercicio del ministerio implica la renuncia a las profesiones que. aun buenas en sí, son sin embargo extrañas al servicio y a las obligaciones de ese ministerio"[8].

Existe siempre el peligro de que el obispo que pone su conocimiento al servicio de los pobres se vuelva la voz de los sin voz, se aparte de las directivas de Roma. Y apartarse de Roma es tomar el camino de los *non gratos,* de los ignorados, de los rechazados. En todo caso, ¿qué hacen de la mecha que aún arde? ¿Qué hacen de la esperanza del pueblo? Pero... el pueblo ya se había alejado de la jerarquía católica que no podía servir más de guía ni de voz escuchada.

La acción de los obispos recibió su toque final con la homilía pronunciada por Monseñor Ligondé, Arzobispo de Puerto Príncipe, durante el *Te Deum* el día de la fiesta nacional, el 1º de enero de 1991 (es decir, después de la victoria de Aristide en las elecciones del 16 de diciembre de 1990). Este sermón, en su mayor parte en contra del nuevo presidente y del nuevo régimen, fue calificado de virulento y tuvo el efecto genial de despertar todo el desprecio de la población por la Iglesia oficial.

Las amenazas emitidas en contra de Monseñor Ligondé, lo obligaron a salir del país. El maltrato inflingido al Nuncio Apostólico y a su secretaria, fueron signos bastante claros de la poca estima que el pueblo tenía por la jerarquía de la Iglesia Católica. Ese ataque era un cobro de las deudas que la Iglesia había contraído con el pueblo; era además una advertencia. Si la jerarquía no dejaba de colocarse al lado de los que aplastan al pueblo y si seguía ciega ante la realidad, corría el riesgo de no encontrar cabida en la población. Fue tal la toma de conciencia de esa realidad por parte de los obispos que el día 7 de febrero, durante la misa que siguió a la juramentación del nuevo presidente (a la cual todos los obispos asistieron),el celebran te principal. Monseñor Petion Laroche, ubicó la "nueva" posición de la Iglesia Católica:

La Iglesia Católica está bien decidida a acompañarle, querido padre Aristide, a lo largo del camino que usted va a recorrer, pues ella lo considera el Mesías escogido para conducir al pueblo haitiano hacia la democracia[9].

La presencia masiva en la misa del 7 de febrero y el reconocimiento público de la nueva responsabilidad del padre Aristide como Presidente de Haití "salvó" la situación de los obispos, ya que algunos habían tenido que alejarse de su diócesis para escapar de la indignación de la población.

3. La esperanza se impone

Todo lo utilizado antes del 16 de diciembre no logró menguar el entusiasmo del pueblo ni desmoralizar a Aristide.

Con la consigna ¡*Veye yo!, ¡Veye yo!* (¡Vigílenlos!).la población acudió masivamente a las urnas. La demora en llevar las papeletas de voto a las distintas mesas electorales no produjo lo que hubiera podido darse, un movimiento de masa, un pueblo que toma las calles para imponer su voluntad. Al contrario, cuando le decían que las papeletas de voto no habían llegado y que la demora podría prolongarse, la gente contestaba: "tenemos tiempo, podemos esperar las horas necesarias... podemos esperar hasta mañana... pero de aquí no

[8] . "Le pretre et la participation a l' exercice du pouvoir civil", *Archeveché de Port-au-Prince,* 13 de noviembre, 1990.

[9] . *Haití en Marche,* "Un 7 fevrier pas comme les autres", edición del 13 al 19 de febrero. 1991. Vol. IV, No 52.

nos movemos". A un movimiento de las masas hubieran seguido disturbios en las calles. Eso hubiera sido condición suficiente para declarar las elecciones nulas, y aplazarlas.

Los haitianos no son "computarizables". El miedo de perder las elecciones como producto de "errores" de las computadoras ya programadas, llevó a la gente a exigir el conteo "primitivo" de las papeletas de votación. El conteo se hizo a mano, en presencia de los representantes de los diferentes partidos. Esto eliminó la posibilidad de que se alteraran los resultados definitivos.

El 16 de diciembre los grupos dominantes tuvieron que aceptar al candidato por quien el 67% de la población había votado, mientras Bazin seguía con menos del 15%. Esa diferencia exigía el reconocimiento internacional, amplio e inmediato. Las leyendas colocadas en varias partes de la ciudad señalaban el sentido de esa victoria: "La bandera de nuestra dignidad fue izada el 16 de diciembre". Es la fecha de la ruptura, de la ruptura con el antiguo orden y con el antiguo sistema. Y desde esa fecha el pueblo haitiano empezó a preparar el 7 de febrero. Esa fecha era su fecha. La victoria de Aristide era su victoria.

Sólo un presidente elegido por una gran mayoría, como fue el caso de Aristide, podría pretender la reconstrucción sobre el desastre que dejaron los años de ‘macoutismo’, el vencerlas inevitables dificultades en el caminar el sacrificar intereses personales muy diversos, el invitar a cada uno a ir más allá de su limitado punto de vista. Teniendo en cuenta la delicada coyuntura en la cual se encontraba el país, Aristide era el único, una vez nombrado presidente, que podría mantener al pueblo confiado, a pesar de la lentitud que acompaña todo proceso de cambio y todo el aprendizaje que supone entrar en tal proceso.

La vigilancia se hizo más aguda que nunca. Existía el presentimiento de que los frustrados por las elecciones podrían preparar "algo". Tocaba asegurarse de que nadie (mucho menos los *tonton makout)* fuera a impedir que aconteciera el 7 de febrero, fecha en que deberían ver llegar al poder al candidato que habían escogido libremente como guía en el camino hacia la democracia.

El presentimiento era inequívoco. Las reacciones empezaron con el comienzo del año 91. El acto que más despertó la indignación, el golpe más fuerte, llegó durante la noche del 6-7 de enero, a un mes del día del traspaso del gobierno. Roger Lafontant, ex-Ministro del Interior, ex-brazo derecho de Duvalier, puso en juego su audacia al declarar un golpe de Estado. Ligado a ese golpe de Estado estaba planeado el asesinato de Aristide. De hecho, la mañana del 7 de enero, Lafontant envió un comando armado tras Aristide. El pueblo, felizmente, vigilaba. Los gritos de "¡Levántense, la patria está en peligro!" *(¡A laso sa ki mouri zafé a yo!)* movilizaron a la gente a las calles desde las dos de la mañana. El pueblo estaba determinado, se encontraba en pie de guerra, amenazando con saquearlo todo y colocar al país a sangre y fuego, si a las doce del día del 7 de enero las fuerzas armadas no llegaban a controlar la situación. La quema de llantas, la aparición de barricadas, la determinación de no entregar el control del país a Lafontant y el apoyo de un sector de las Fuerzas Armadas, hizo que el golpe de Estado no se con-solidara. No obstante, el 1° de febrero, en su desesperación los *makout* golpearon de nuevo, atacando esta vez la obra más querida de Aristide: las instalaciones de *La Fanmi Selavi* (el centro para los niños de la calle). El incendio causó 4 muertos.

Aparentemente, Roger Lafontant amenazaba, antes de la famosa fecha del 7 de enero, con una posible guerra civil. Para él, esa guerra decidiría entre el antiguo sistema social duvalierista, el cual la población rechazaba con todo su ardor, y lo nuevo a lo que la población aspiraba, expresado a través del proceso electoral que acababa de realizarse. De hecho, eso es lo que ocurre en los países de América Latina: la guerra civil es la instancia de decisión. No es nada extraño que después de los ataques de los Aliados a Irak, se estimule la guerra civil como instancia de decisión, en favor de Sadam Hussein o contra él. Pero por alguna suerte, Haití escapó a un enfrentamiento entre los *tontón makout* y el resto de la población. Queda por sacar a la luz la cara escondida de ese golpe; en otras palabras, por elucidar los hechos. Es decir, dar a conocer a todas las personas que fomentaron interna y externamente la guerra civil, los que de una u otra manera estuvieron implicados en el fallido golpe; y encontrar, además, a los proveedores de fondos que permitieron financiar el costo de ese golpe fracasado.

4. Una esperanza chispeante

A algunos días del 7 de febrero de 1991, la población y el país habían cambiado completamente. Uno de mis profesores de universidad, mexicano, acostumbraba decir en sus clases: "Cuando fui a Cuba descubrí que un pueblo que tiene sus necesidades básicas satisfechas, es un pueblo bello". En el caso de Haití se podría afirmar que un pueblo que ve realizándose el objeto de su esperanza, es un pueblo bello. De belleza se vestía el pueblo, y la belleza adornaba las calles. Por todas partes se habían liberado las calles de las basuras acumuladas. Era necesario hacer piel nueva, deshacerse de la vieja. Las paredes de las casas fueron retocadas con pintura. Los artistas haitianos hicieron tantas telas como paredes de las casas, telas que inmortalizaban o grababan cada evento de esa epopeya. Lo interesante es que la belleza se descentralizó; daba la impresión de que las ceremonias iban a celebrarse en todo Haití. Algo mágico y misterioso parecía haberse apoderado del país. Todo parecía más liviano. Seguramente es la sensación que se debe experimentar cuando se afloja el tomillo en el que la libertad se encuentra prisionera, o cuando la autonomía y la autodeterminación se sienten al alcance de las manos. Parecía que habíamos conjurado la mala suerte que el imperialismo, con su sistema de mercado total, había lanzado en contra de los países del Tercer Mundo.

Y la esperanza empezó a tomar forma...

Todas las ceremonias que se hicieron a partir del 7 de febrero reflejaban eso. Ninguno de los que participaron en la ceremonia de juramentación podrá olvidar los ademanes torpes con que la campesina colocó la banda presidencial al presidente Aristide, gesto muy significativo que rompe la tradicional impostura de la banda por parte del presidente saliente y que, además, resalta la nueva participación de esa clase siempre olvidada: los campesinos.

La misa, que duró tres horas (tiempo suficiente como para poner en jaque la paciencia de los fanáticos de las misas relámpago), se desarrolló en un ambiente de alegría y esperanza. Se sentía al nuevo presidente penetrado por lo sublime de la ceremonia y poco preocupado por el movimiento de la gente que entraba para verlo, y posteriormente cedía su puesto a los que no habían todavía satisfecho su curiosidad. Era la primera vez en la historia de Haití que el pueblo podía participar con tanta libertad en la toma de posesión de un presidente.

El discurso en el palacio, el primer discurso de Aristide como presidente, reflejó fielmente al Aristide de siempre. El discurso sorprendió agradablemente por distanciarse enormemente de los habituales discursos duvalieristas, discursos cuya complejidad era igual al vacío de sus promesas, a la doblez de quienes esconden los intereses reales de los hombres ansiosos de poder, y comparables a la confusión que crean los rodeos de un pensamiento sin rumbo. En contraste, el discurso de Aristide fue realmente un diálogo entreoí y la población. Un diálogo en palabras comprensibles para todos y cada uno, en palabras sencillas que brotan de la convicción de quien sabe que no tiene nada que esconder. Se podía escuchar la respuesta de la multitud apostada en las afueras del palacio.

Las medidas en dirección al cambio empezaron a aparecer desde este primer discurso. Con qué sorpresa y alegría, se escuchó al presidente Aristide someter ante el general Herard Abraham una lista de altos oficiales de las Fuerzas Armadas que "merecían" una jubilación--- jubilación cuyo sentido todo el pueblo captaba -, mientras que otros oficiales recibían promociones. Fue también el principio de la aplicación de la transparencia: las diferentes promesas de ayuda y las respectivas sumas prometidas por los países dona-dores, fueron puestas en conocimiento de lodos. El presidenta también solicitó públicamente a la Asamblea que revisara. salario presidencial para que fuera inferior a los diez mil dólares, pues consideraba que tal salario era un escándalo en un país tan pobre.

La semana siguiente fue un tiempo de contactos. Aristide recibió a todos los grupos: los diplomáticos, el Décimo Departamento (los haitianos en el extranjero), a los pobre a la prensa, a los militares, a las mujeres, a los niños, etc. Para la inmensa mayoría era la ocasión soñada de ver con lucía el palacio por dentro y de espantar los fantasmas que lo merodeaban debido a las prácticas de torturas y de muerte. En los tiempos de los Duvalier, cuando la gente tenia que pasar por el palacio, el temor orientaba los pasos hacia la acera de enfrente. ¡Qué contraste! Ahora los niños daban volteretas sobre el césped. Aristide estaba a la vista y al alcance de

todo el mundo, como presagio del poder al alcance de todo el pueblo. Nuevos aires soplan sobre Haití.

5. Lo que hay que rescatar

La celebración de elecciones junto con la designación de Aristide como presidente, así como la realización de las ceremonias de instalación del nuevo gobierno, son hechos que revelan la nueva *donne* nacional en Haití.

Las organizaciones populares mostraron su visión y su fuerza en los logros obtenidos durante los acontecimientos recientes en Haití. No hay que minimizar el hecho de que el nivel alcanzado por esas organizaciones se logró durante y a pesar de 29 años de guerra. Esa primera constatación es una de las más importantes. Se demostró que un pueblo determinado, organizado y decidido, que encuentra al líder capaz de dar forma al objeto de su esperanza, puede imponerse a cualquier poder interno y externo, por organizado y poderoso que éste sea. Se podría argumentar que el proceso electoral no fue iniciativa del pueblo, sino más bien una imposición foránea y sostenida hasta el final desde el exterior. Lo valioso es precisamente eso: *controlar a los que pensaban tener el control.* El proceso electoral fue "inter-ceptado" y reorientado.

Muchos temen que el éxito del Movimiento Lávalas, que marca el fin de una etapa y no la llegada a la meta, sea un obstáculo para la labor realizada y el trabajo a seguir. El peligro es real si, por un lado, el Movimiento Lávalas ha incluido no a las organizaciones de base, sino a las coordinadoras de movimientos populares. Pienso que esa sensación de pérdida de control que se experimentó después del Mo-vimiento Lávalas, pone al descubierto la precariedad de las coordinadoras de movimientos populares y la carencia de un liderazgo orgánico.

Sin embargo, visto desde otro ángulo, se puede hablar de otra cara del vacío en el liderazgo. ¿No es precisamente la falta de liderazgo la que llevó a una masiva respuesta del pueblo? Los dirigentes del movimiento popular, en el caso de Haití, se inclinan a creer más en la revolución como instancia de ruptura que en las elecciones. La respuesta no se hubiera dado si las comunidades de base se hubiesen sujetado al criterio de los líderes. Los pueblos responden a la lógica de la realidad y no a la lógica de las teorías. Mientras el presidente trata de lograr el consenso entre los que podrían blo-quear todo proceso de cambio, los líderes del movimiento popular, quienes aspiran a servir al pueblo, tendrán en sus manos una labor constructiva en la movilización de los grupos y en la reelaboración de su sentido de apoyo al gobierno, ajustándolo a los requerimientos del proceso y de la realidad.

Y si, por otro lado, se niega a reconocer que *el otro nombre de la oposición es la participación crítica.* Esto permitiría a las organizaciones populares pasar de la etapa de resistencia ideológica ante las soluciones propuestas por el imperialismo, a la realización de actividades concretas, *dentro del sistema,* como alternativa a las soluciones consideradas por el imperialismo. Este espacio de acción, *dentro del sistema,* es posible únicamente a través un gobierno que reúna ciertas características. Vale la pena experimentar una alternativa dentro del sistema.

El pueblo haitiano, por la determinación que mostró en las semanas pasadas, ha afirmado su voluntad de cerrar el camino a los *makout.* El pueblo cumplió su promesa: *makout pa ladann.* El supo hallar la fórmula para acallar a los *makout, lepé lebrun,* un arma poderosa. Esa práctica, frente a un grupo cuyo objetivo es perpetuar un régimen de terror, no es diferente a las otras prácticas encontradas en países donde la población decidió tomar represalias en contra de un sector antipatriota. Recordemos las medidas adoptadas en Francia después de la Segunda Guerra Mundial en contra de los que habían cooperado con los alemanes. Aquí la cuestión no es la aceptación de la violencia para que no haya más violencia, lo cual iría en la línea de las guerras que hace el imperialismo para acabar con toda guerra. Se quiere con-siderar la aplicación *del pe lebrun* como la única alternativa que se presenta a un pueblo agotado por los constantes ataques de los *makout,* en un país donde los mismos *makout* habían eliminado toda posibilidad de aplicar la justicia. El florecimiento de la justicia verá el desvanecimiento del *pe lebrun.* Nadie en Haití, sin embargo, es candido. Se sabe que los *makout* se esconden, esperando el mejor momento para resurgir. La lucha en contra de ellos está muy ligada a la esperanza que vive el pueblo. Los *makout* reaparecerán úni-camente si el pueblo llega a perder

la esperanza. Nuestra esperanza es el arma más efectiva contra ellos.

6. Una esperanza que proteger

Los haitianos de todas partes del mundo, y los pueblos en busca de libertad, celebraron la entrada de Haití en esta nueva era. Los deseos de longevidad para la recién nacida democracia, en una de las naciones más viejas de América, llegaron de todos los ámbitos. Los peligros, sin embargo, son numerosos. Vienen tanto del interior como del exterior del país. Las amenazas internas las constituyen, por un lado, las dificultades ligadas a la entrada en un proceso democrático; y por otro lado, provienen de los enemigos del cambio, así como de los seguidores de un tipo de cambio diferente. Las grandes potencias se constituirán en amenaza externa, en la medida en que los intentos por salir adelante se aparten de la ruta trazada.

En el caso de Haití, hablar de democracia después .' treinta años de duvalierismo es seguramente hablar de una transición democrática. Esto supone un intento de crear algo nuevo a pesar de lo viejo existente. Pero la coexistencia de lo nuevo y de lo viejo crea un cierto malestar que al pueblo le resulta difícil asimilar (hay cierta verdad en el dicho: 'avino nuevo, odre nuevo'). Se espera que el nuevo gobierno subsane la situación política y social. Esa esperanza se ve desalentada ante situaciones tales como la lentitud en refrenar los 'ires y venires' de quienes se beneficiaron con el régimen de los Duvalier; ante la intervención de los EE.UU. (el 4 de abril de 1991) en contra del arresto de la ex-presidenta Ertha Trouillot, demostrando así que tiene la pretensión de seguir siendo un interlocutor de peso; ante la dificultad en conseguir la rebaja de los precios de los productos de primera necesidad; ante la desconfianza que los colegas de otros países manifiestan hacia nuestro gobierno; o ante los compromisos inevitables que el nuevo gobierno debe hacer con la burguesía, la Iglesia, las Fuerzas Armadas y las potencias internacionales. El pueblo distingue bien entre los recursos del nuevo gobierno y lo que depende de factores externos. Esto se hizo evidente en las últimas manifestaciones. Una fue realizada en Cap Haitien el 15 de abril de 1991, en contra de la carestía de la vida, en donde varios depósitos de mer-cancías fueron saqueados. Otra se llevó a cabo la noche del 16-17 de abril, en contra del incendio del mercado Hyppolite. En esta última se causó daños a almacenes y carros, y se denunció la complicidad de los estadounidenses en los acontecimientos ocurridos. La población, al gritar su apoyo al gobierno y al atacar a quienes responsabilizan por la situación, muestra muy bien que puede establecer esa diferencia. Esas manifestaciones en contra del alto costo de la vida estallaron en varias ciudades de Haití durante la primera quincena de abril. Pero, ¿qué ocurre con la colaboración al cambio del sector afectado por la acción popular? ¿No serán esas acciones--- por más legítimas que sean- recuperadas por el enemigo y utilizadas en contra del actual gobierno? ¿Cuál es la capacidad de aguante del pueblo?

En esa lucha en contra de la esperanza, de lo bello y de lo grande, y lo pequeño pero propio, los imperialistas cuentan con aliados dentro del país.

La derrota de Roger Lafontant y la eliminación de varios *makout*, particularmente durante los días 7 y 8 de enero, fueron medidas que tuvieron que enseñar a los *makout* acerca de la determinación del pueblo de acabar con el régimen 'macoutista' de terror. No obstante, las raíces *makout* son muy profundas. Esa fuerza subterránea puede ser utilizada en cualquier momento para crear un clima de disturbios, nefasto para el trabajo recontructivo del país. En las grandes ciudades hay mayor control de la fuerza *makout*, mientras que en el campo gozan aún de demasiado espacio de acción. Como ejemplo de la espada de Damocles que representan los *makout*, podemos citar dos hechos recientemente ocurridos en Haití. En primer lugar, el asesinato de dos franceses a principios de marzo. ¿Qué hay detrás de ese acto? Se conoce el esfuerzo de Aristide por diversificar las relaciones internacionales de Haití, siendo la relación con Francia, privilegiada. ¿No será esta una forma de complicar las rela-ciones Haití-Francia? Por otro lado, en marzo se dio un problema entre la población de Montrouis y dos *makout*, cuyo saldo fue la muerte de dos civiles, la quema de los *makout* por parte de la población y la destrucción del puesto de policía que dio asilo a los fugitivos.

Otro peligro interno lo constituyen los grupos con una perspectiva diferente de las cosas. Tales visiones se concretan en dos posiciones: los que

dicen creer en la democracia, pero no aceptan entrar en un proceso democrático. Exigen medidas, o actúan, como si en Haití la práctica democrática hubiera sido una realidad de siempre. Se olvidan que el nuevo gobierno, que sucedió a los regímenes efímeros de los cinco últimos años, es de hecho un gobierno de transición. Según un conferencista chileno, un gobierno de transición se caracteriza por el funcionamiento de un nuevo régimen dentro de una estructura heredada del gobierno anterior. El gobierno de Aristide tiene el peso de la estructura de los años pasados. Lo que se espera y lo que se quiere lograr es una reforma de las instituciones, de manera tal que ese gobierno afirme los pasos hacia una democracia efectiva, es decir, prepare la entrada en la democracia. Estamos actual-mente en transición hacia la democracia. A causa de esa situación precaria no se pueden esperar muchos cambios. Aristide era realista cuando prometía tan sólo un paso de la miseria a la pobreza con dignidad. Se entiende que este gobierno se vea acorralado a dar prioridad a lo político. De hecho, sin una reforma de las instituciones políticas, ¿cómo se pueden esperar cambios significativos y duraderos a nivel económico? En Haití, desgraciadamente, no existe una base a partir de la cual proyectarse. Ni tampoco la situación permitía un trabajo organizativo de fondo en ningún grupo político. Cualquier otro candidato que hubiera ganado las elecciones podría dar la impresión de tener un programa más definido, cuando en realidad no habría hecho más que aplicar las directivas de los organismos internacionales actuando en las *coulisses* (bastidores de un teatro). El problema de fondo reside en el achicamiento de ciertos horizontes de este grupo. Así, no cesan de criticar las medidas tomadas o las alternativas optadas. En verdad, al perder de vista el bien común de la población entera, estos grupos debilitan de alguna manera la oportunidad extraordinaria que se le presenta a Haití en este momento de su historia. Esas intolerencias se están dando actualmente a ni vel de la Asamblea de Diputados y de Senadores. Hay aquellos que esperan la más mínima falla, para condenar el proceso democrático tan original de Haití. Sería realmente una desgracia que el parlamento se dividiera en grupos de interés. Esto representaría un freno a cualquier cambio.

También están los que siguen aferrándose a la idea de un Haití rescatado no a través de un presidente elegido popularmente, sino de una revolución, aunque de revolución no practican mucho. En un proceso nuevo, siguen aferrándose a modelos antiguos, ya renegados o cuestionados por aquellos que los celebraban. Afirman que lo nuevo no tiene ningún discurso que lo valide. Esos líderes de los movimientos de base, con buena formación teórica, con sus procesos copiados de revoluciones para la conquista del poder y sus modelos de desarrollo económico, son revolucionarios, denunciadores, pero carecen de propuestas reales tanto a nivel político como económico.

Por otra parte, Aristide, en su discurso del 7 de febrero de 1991, invitaba a los burgueses honestos a seguir su compromiso en la reconstrucción nacional. Se piensa que la burguesía, por su apoyo *a Lávalas,* dejó ver su fuerza en el desarrollo del país, una fuerza en la cual el pueblo debe confiar. Algunos observadores, anal izando aún masa fondo la situación de los burgueses, dejan bien claro que esa burguesía trató de dirigir el barco político del país en todos esos movimientos democráticos[10]. Esos observadores también opinan que la presentación de la candidatura de Aristide obedecería a una invitación de esos grupos democráticos. Aquí se plantea la pregunta: ¿estará la burguesía dispuesta a entrar en los cambios que propone el nuevo gobierno? Por el contrario, se piensa que el movimiento democrático, que incluye a los burgueses, esperaba tener el control de la situación, el control de las decisiones; es decir**,** enmarcar y doblegar a Aristide. Una cosa que debe quedar clara es que el pueblo, aunque reconoce la toma de posición de una parte de la burguesía en favor suyo, sigue desconfiando de ella.

No desea ser víctima de una burguesía tramposa. O la burguesía da muestras de su ubicación al lado del pueblo, o prevalece la no asimilación del uno por el otro. Hasta ahora Aristide había conseguido que un pequeño sector del mundo burgués trabajara gratuitamente por el pueblo en *Lanfami Selavi,* Lo que ahora va a exigir no será apenas trabajo gratuito en favor de otros, sino salarios justos que permitan

[10] . Mirléne Joanis, "Les proches d' Aristide paniquent", en: *Balance,* Haiti.mayo.l991.No. 128,

la reproducción de la fuerza de trabajo. ¿Cuál será, entonces, la reacción de la burguesía?

En la homilía pronunciada en la misa del 7 de febrero, a la cual asistieron todos los obispos, la Iglesia oficial dejó entender que estaba dispuesta a colaborar con el nuevo presidente. No obstante, todo el mundo sabe que su presencia en la misa y el reconocimiento público del *status* del padre Aristide eran inevitables, si se considera la situación apremiante en la que se encontraban los obispos. Ahora bien, ¿qué actitudes concretas van a tomar?

Se aspira a que el imperialismo deje por fin a Haití en libertad de manejar su barco, como el bien del pueblo lo exige. Esto es conocer mal a los defensores del sistema. Ellos no aceptan la resistencia ni aceptan que se les contradiga. Infligir una derrota al sistema, es acarrear sobre sí fuego del cielo. La reacción es tanto más fuerte, cuanto la acción es aclamada por los explotados de la tierra. Hay que hacer pagar la arrogancia a quien se atreve a levantar la cabeza y decir ¡basta! Lo que acaba de ocurrir en el Golfo Pérsico es prueba de eso. Hay que acabar con Saddan Hussein, no tanto porque invadió a Kuwait, no. Su crimen más grande es haber prolongado por dos meses una guerra que se pensaba terminar en 8 días. El también debe pagar por las astucias que utilizó durante la guerra, que descontrolaron a los aliados de manera que les hicieron esconder la cara. Toca aplastarlo. El sistema no parará hasta lograrlo.

Los EE.UU. reaccionarán frente a una pequeña nación que decide afirmar su soberanía. Como respuesta a la injerencia de la embajada de los EE.UU. en el arresto de Ertha Trouillot, los responsables haitianos respondieron:

El gobierno de 1a República de Haití desearía vivamente que, en el futuro, la embajada de los EE.UU. evite semejantes intervenciones que pueden fácilmente ser interpretadas como una forma de injerencia en los asuntos de Haití"[11].

Sólo el ingenio, la determinación de los haitianos, la convicción de que la situación debe cambiar, y la parti-cipación efectiva de todos los ciudadanos en ese proceso de cambio, permitirán superar los obstáculos que se presentarán en la realización de nuestras más grandes aspiraciones.

El imperialismo no tendrá descanso hasta que el nuevo régimen de Haití dé garantías en cuanto a su política económico-social. Si no, la lucha va a reaparecer. Haití, como todos los países del Tercer Mundo, necesita de la ayuda externa para realizar sus políticas de desarrollo. Sin esa ayuda sus proyectos se encuentran contrarrestados. Así es como las grandes potencias controlan a los países dependientes. Los países del centro saben bien que la posibilidad de vivir de los países pobres reside, por un lado, en la incon-dicionalidad de la ayuda que ellos brindan, y por otro lado, en el otorga miento de préstamos. De esa manera, las grandes potencias tienen el arma para controlar la evolución de la democracia en Haití. Según Jean-Pierre Alaux, la posición de la embajada de los EE.UU. se podría resumir de la siguiente forma: "Es posible aprender a vivir con Aristide, por el hecho de haber ya cohabitado con peores que él". Mientras que Francia, "desea que la participación de personalidades moderadas en el proceso, haga entrar al nuevo régimen en la norma internacional"[12].

Hasta ahora, los países que han ofrecido ayuda no han cumplido con sus promesas, con excepción de la República de China. Es interesante mencionar aquí que las grandes potencias han elevado el monto de su ayuda. Un aumento de la ayuda para demostrar la voluntad de apoyar al nuevo gobierno de Haití. Al mismo tiempo, una ayuda que queda a nivel de promesa (una ayuda congelada), como signo de desconfianza y como instrumento de presión. La no disponibilidad de fondos no responde a una falta de programa, sino a una política de control de los pasos de Haití en la democracia: es lo que se llama una democracia controlada, vigilada. ¿Cómo entender que los fondos estuvieron siempre disponibles para gobiernos anteriores que no tenían ningún programa que valiera la pena y que, además, a sabiendas de los donantes, eran malgastados?

Tal política coloca al nuevo gobierno en una apretada situación. Las comunidades eclesiales de

[11] ."Etats-Unis-Haití, le ton monte", en: Haití en marche, 17al24 de abril, 1991,Vol.5.No. 9

[12] . Jean-Pierre Alaux, "L' espérance du droit en Haití", en: *Le Monde Diplomatique,* No. 442, París, enero. 1991.

base organizaron una 'maratónica' a partir del 24 de marzo, con el fin de recolectar dinero. Esa acción constituye su participación en la búsqueda de fondos que el gobierno realiza para arrancar con algunos proyectos. Los haitianos del Décimo Departamento también colaboraron organizando la maratónica de la dignidad. A manera de ejemplo podemos citar el distrito de New York[13], que recogió US$4 50.240,39; mientras que en New Jersey la contribución fue de US$55.000. Por otro lado, las autoridades gubernamentales, el 12de abril, solicitaron al sector privado préstamos individuales desde mil a un millón de dólares, reembolsables principalmente sobre el pago de los impuestos anuales. Tres ministros (el de Planificación, el de Comercio y el de Finanzas) emprendieron una gira, al principio de abril, por Washington y Tokio. Se quiere dar a conocer las actuales políticas del gobierno y conseguir así un mayor apoyo extranjero.

El *Washington Post* y el *Washington Times* ya han empezado un trabajo de denigración. Presentan a Aristide como un dictador, comparándolo con Duvalier. Se preguntan si Haití será otra Cuba. Terminan solicitando al gobierno estadounidense la toma de medidas en contra de Haití; entre otras, el embargo económico. Toca añadir que el asistente del Secretario de Estado de EE.UU., Bernard Aronson, envió una larga carta al *Washington Post* refutando el editorial del 15 de marzo, firmado por Jack Andersson y Dale Van Atta, en contra del presidente Aristide[14].

La experiencia de Haití permite verificar que en la medida que el pueblo se socializa para imponer sus reivindicaciones, no hay ninguna acción del otro que pueda hacerlo fracasar. Su voz debe ser escuchada y su voluntad y alternativas, respetadas. La victoria del pueblo haitiano es la victoria sobre el individualismo, el anti-nacionalismo y el conformismo. Es, en fin de cuentas, la victoria de la esperanza y de la alternativa.

Haití ha ganado esa parte de la batalla, como otros pueblos han ganado, en otros momentos, etapas de batallas. Sabemos que no se ha ganado todavía la batalla final. Aún más, sabemos que se pueden perder las adquisiciones de hoy. Pero para los pueblos en lucha, en busca de la liberación, la victoria en cualquier etapa en cualquier país, es una victoria sobre el imperialismo, en tanto que los fracasos deben conducir a una mejor planificación de los siguientes pasos. Y así, de victoria en derrota, llegaremos a debilitar, a de-rrumbar de sus bases, poco a poco, a la fortaleza que amenaza y aplasta... hasta la victoria de todos. •

---

[13] . *Haití Progres,* "Une nouvelle ataque a la soldé de Washington", Vol. 8, No. 51.20-26 marzo, 1991.
[14] . *Haití en Marche,* 3-19 de abril. Vol. V, No. 7.